

Homenaje a
Lorenzo M. Luna

Semblanzas

PRESENTACIÓN

Con motivo del fallecimiento de Lorenzo Mario Luna Díaz (1951-1991), investigador del Centro de Estudios sobre la Universidad y profesor de historia en la Facultad de Filosofía y Letras, sus compañeros y amigos hemos organizado diversos actos de conmemoración. Así, en el mes de junio de 1991, se celebraron en su recuerdo las III Jornadas de Historia de la Universidad; se leyeron algunas semblanzas sobre las distintas formas de su participación en la vida universitaria, tanto en calidad de profesor —su verdadera pasión académica— como de investigador y miembro activo de diversos cuerpos colegiados universitarios. Durante el mismo evento varios colegas del Centro y otros investigadores invitados discutieron también los artículos resultantes de su participación en el seminario Tradición y Cambio en la Universidad Mexicana, que él dirigió y animó mientras tuvo fuerzas para hacerlo.

En esta ocasión, en que su biblioteca y archivo se incorporan formalmente al Centro, según su voluntad —y gracias a la colaboración de su familia—, hemos querido recordarlo nuevamente, publicando aquellas semblanzas. Son testimonio de sus cualidades personales y, por lo mismo, de la pasión crítica con que aportó lo mejor de sí para esta universidad.

Enrique GONZÁLEZ GONZÁLEZ

FOTO: MARITZA LÓPEZ



HOMENAJE A LORENZO MARIO LUNA DÍAZ

Alfredo LÓPEZ AUSTIN

DOS enunciados nos convocan: uno, Tercer Encuentro sobre Historia de la Universidad, invita a la comprensión de una institución que nos enorgullece; el otro, Homenaje a Lorenzo Mario Luna Díaz, apela a profundos sentimientos de amistad forjados en esta gran casa. El cruce de enunciados es como un nudo de red que nos reúne aquí. Nudo armónico, firme, congruente, porque la brega que convierte nuestro esfuerzo en orgullo cotidiano no puede alcanzarse sino en una acción colectiva, hombro con hombro, alimentada de amistades, afectos y respetos. Nudo de red porque al fin de cuentas la vida humana se construye a partir de interrelaciones y es un enlace complejo de recuerdos, presencias y esperanzas. Hoy Lorenzo Mario hubiera estado aquí. Hoy nos une su recuerdo.

Hay en cada historiador una consciente o inconsciente búsqueda de esencias en el pasado. ¿Por qué, si no, se precisan con tanta resolución los campos de las especialidades? Aparentemente cada historiador se arrellana en su rincón preferido de un tiempo más o menos distante; pero no cabe duda que más que la persecución de imposibles vivencias, es la preocupación

actual la que hace que el buen historiador remonte años, lustros, siglos, en pos de las raíces del presente.

¿Qué líneas tendió Lorenzo Mario sobre el pasado para hacerlas convergir en un presente problemático? Sus intereses giraron en torno a las relaciones laborales de la Edad Media. Lo atrajo el mundo medieval de las instituciones corporativas. Puso su atención en aquellos siglos en los que la palabra *universitas* se refería a los gremios y cofradías, en los tiempos en que las asociaciones de estudiantes y las de maestros luchaban por cartas que reconocieran sus fueros. Era la época en la que papas y reyes conferían autonomía a las universidades, haciéndolas independientes de las jurisdicciones eclesiásticas y burguesas. Las instituciones de alta enseñanza se fundaban entonces más en los lazos corporativos que en sus instalaciones, porque las clases bien podían explicarse sobre los parapetos de los puentes del Sena. Ni siquiera eran profundas las ligas de las universidades con las ciudades que las amparaban, porque estudiantes y maestros podían emigrar en grupo, descontentos, para fundar nuevas universidades en centros urbanos más favorables. Eran los felices días en los que los gobiernos de las capitales europeas cuidaban de no propiciar la fuga de sus intelectuales. Había conflictos graves, sin duda; pero se optó entonces por defender los centros reproductores del saber. Así, el papado debió conceder a los maestros parisinos de teología el derecho de *cessatio* o huelga contra las imposiciones de los cancilleres de Notre-Dame. Tiempos, en suma, en los que había conciencia del valor social de la cultura, en los que la transmisión del conocimiento más elevado marchaba a la par de la conquista de los derechos de los participantes directos en el proceso: los cuerpos de maestros y los de los estudiantes.

Lorenzo Mario enfocó después su estudio en la herencia medieval de la universidad novohispana. Nuevamente su preocupación se centró en las corporaciones. Su interés siguió

siendo la participación de los actores en los órganos de gobierno universitario. Los estudios sobre el medioevo europeo adquirían así sentido desde la perspectiva de la historia de nuestra propia institución. El sentido se completaba con la acción universitaria del investigador. Las líneas que convergían en las preocupaciones del presente estaban tendidas y el historiador respondía al sentido de sus investigaciones con el desempeño personal. Lorenzo Mario participó activamente en los cuerpos en los que creyó provechosa su intervención. Desempeñó cargos académico-administrativos con dedicación ejemplar, trabajó en múltiples comisiones; perteneció a órganos dictaminadores; fue consejero técnico de la Facultad de Filosofía y Letras, y llevó la representación de su centro de trabajo ante el Consejo Técnico de Humanidades. En resumen, buscó en las vías institucionales universitarias un espacio en el que el académico pudiera hacer oír su voz especializada. El historiador de las instituciones universitarias, el conocedor de la herencia del medioevo en nuestra universidad colonial, entregaba los frutos de sus esfuerzos intelectuales en la forma que consideraba más útil, benéfica y práctica.

Cuando en la Universidad Nacional Autónoma de México se debatieron distintos proyectos de transformación, Lorenzo Mario también participó en forma muy activa. Primero como miembro de la comisión redactora de la respuesta del CESU al documento *Fortaleza y debilidad*; después como representante de su Colegio del Personal Académico ante Academia Universitaria; siempre, durante todo el proceso, en una discusión en la que defendió los principios que creyó más justos, sin más aspiración que la de luchar, hombro con hombro, junto a los investigadores como él, junto a los profesores como él, que necesitamos un espacio de acción sano para cumplir nuestras funciones. Su arma fue un diálogo cargado de lógica, de razones y de principios seguidos con puntualidad.

Muchos debatimos con él como debimos hacerlo entre académicos unidos más por la aproximación de los fines que por la de los medios o la de los criterios. Todos enfrentamos el riesgo de la pluralidad. Perdóneseme que al llegar a este punto tenga que hacer referencia a mí mismo. Nuestros enfoques diferían cotidianamente; pero considerábamos indispensable el diálogo. Debo externalizar ahora que en un último debate sobre política universitaria la diferencia de criterios se ahondó y, como nunca antes, nos hirió. Nuestras relaciones de amistad quedaron indemnes; pero ya no volvimos a discutir sobre el tema. Hoy lamento que no hayamos retomado aquel debate.

Hay que recordar también otros momentos porque para algunos quedó la imagen de un Lorenzo Mario demasiado serio. Más allá de sus estudios y sus clases, Lorenzo Mario buscó otras formas de cumplimiento de su vida en la comunidad universitaria: el regocijo que hermana en el ejercicio profesional a quienes formamos parte del gremio de los historiadores. No todos saben que con la misma dedicación y responsabilidad de estudioso, Lorenzo Mario preparó los materiales de recreación que hicieron olvidar el tedio en un viaje estudiantil de prácticas. Fue allá por octubre de 1984. Lorenzo Mario fue coautor, con Juan Antonio Perujo, de un cuadernillo de canciones para un recorrido por las zonas arqueológicas en el estado de Michoacán. Era un simple repertorio de fotocopias. Lo titularon presuntuosamente *Prolegómenos musicales*. La Introducción —porque tenía introducción— empezaba diciendo: “En toda actividad humana es evidente la superioridad de la práctica sobre la mera especulación...” y como si fuera un trabajo científico, incluía un listado de notas, ¡y qué notas!: do, re, mi... No todos saben de este sentido del humor de Lorenzo Mario; pero quienes lo saben, quienes con sus voces siguieron en el autobús las líneas de aquel repertorio, de seguro desearían incluir el episodio en su currículo.

Pero hoy es tiempo de otro tipo de currículos. Lorenzo Mario no alcanzó a padecer esta grave crisis universitaria que con la segunda tanda de “estímulos” degrada vertiginosamente la condición del académico y amenaza convertir la creación científica en un juego de apariencias. Su opinión hace falta hoy, así como es necesaria la de todo universitario de bien. No es posible adivinar cuál sería su actitud frente a esta crisis; pero de seguro sería la del universitario digno. Tendría una opinión muy propia, libre de cualquier padrinazgo, de cualquier fidelidad guardada al grupo político, de cualquier esperanza de obtención o conservación de un puesto; la opinión responsable, inteligente, consciente de un verdadero universitario.

Hace falta hoy. Ofrecería su hombro para luchar hombro con hombro.



Centro de Estudios sobre la Universidad
1992